

les y de un destacamento de cazadores, se dirigió hacia la orilla. Los ingleses le imitaron. Después de haber dejado atrás la última ola y atravesado la zona fangosa, casi tan incómoda como el agua del mar, llegaron al fin á una superficie seca y resistente. Entonces, en medio de las aclamaciones de los franceses y los hurras de los ingleses, las banderas de ambas naciones fueron plantadas en tierra, en señal de ocupación. Así empezó la guerra, guerra fantástica por lo remota y por lo imprevista.

Como se acercaba rápidamente la noche, el teniente coronel Dupin se apresuró á formar una pequeña escolta, y sin pérdida de tiempo penetró hasta el caserío, donde encontró algunos chinos, que parecían inofensivos y más dispuestos á pedir clemencia que á defenderse. Con una osadía temeraria, los exploradores se aventuraron hasta los fortines. Los encontraron evacuados y sin más armamento que dos ó tres cañones de madera con aros de hierro abandonados en las murallas. Temíase, sin embargo, que hubiese minas, y no sin razón, pues al día siguiente se descubrieron pequeñas máquinas explosibles que los zapadores lograron destruir sin accidente alguno.

Pehtang era el punto menos propicio para una larga permanencia. Carecía de vegetación y de agua potable; los abastecimientos eran allí difíciles, y el suelo pantanoso despedía emanaciones tan pestilenciales que pronto engendraron algunos casos de fiebres y diarreas. Las dificultades del desembarco y la persistencia de las lluvias retrasaron la partida más de lo que se hubiera querido.

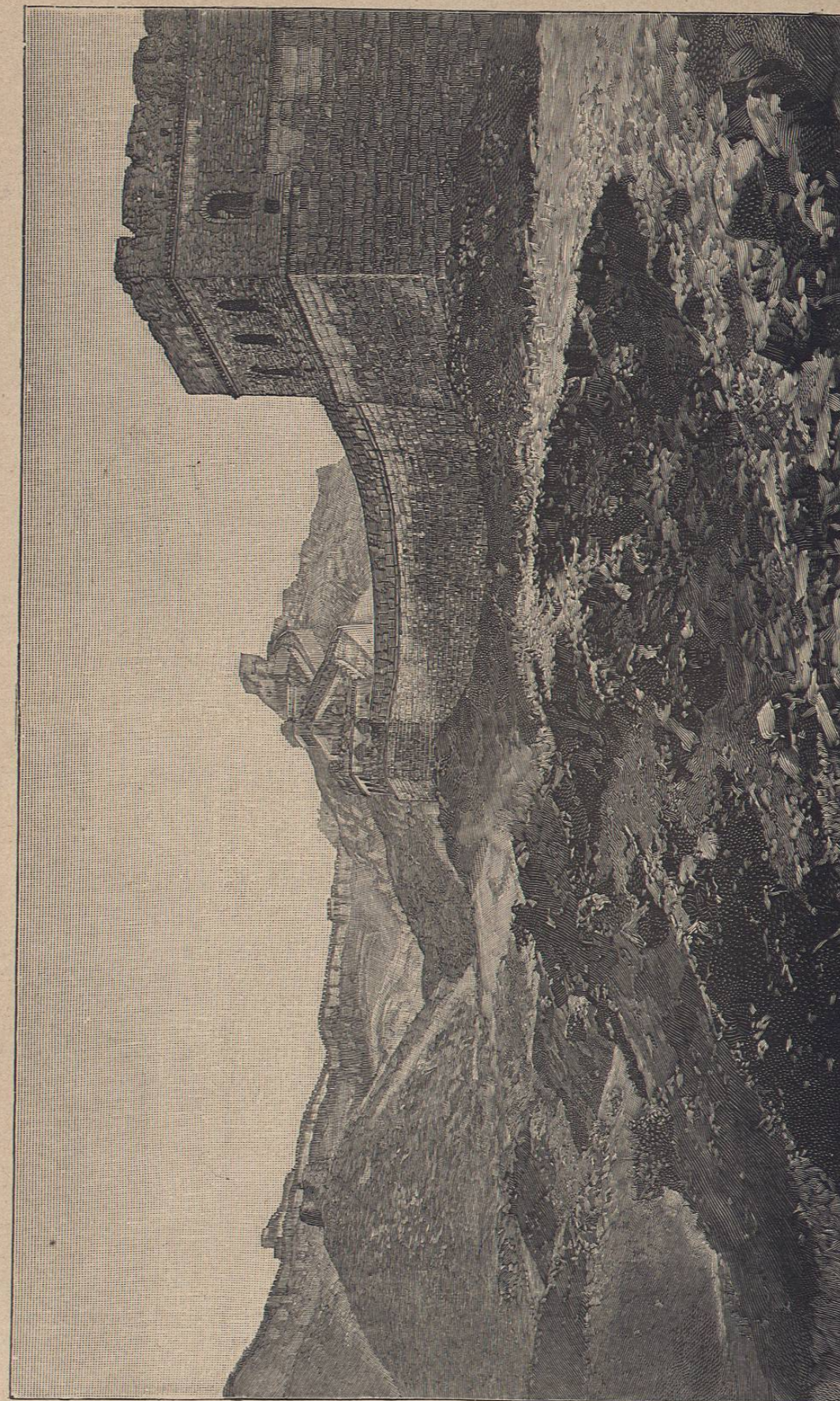
Por fin, el 12 de agosto, los aliados salieron de aquel burgo infecto, con la esperanza de no volverlo á ver. Emprendieron la marcha por el camino explorado nueve días antes por el general Collineau y que torcía hacia el Pei-ho para dirigirse hacia Tien-tsin. Al principio, la marcha fué penosa por la calzada resbaladiza que dominaba una vasta llanura invadida en parte por la marea alta. Al cabo de siete ó ocho kilómetros, el suelo se elevó insensiblemente, y fué más favorable para los carros y la artillería; luego se presentaron terrenos muy bien cultivados y hasta jardines, que ofrecían un singular contraste con el aspecto desolado de Pehtang. No se encontraron por la comarca más enemigos que algunos exploradores tártaros, armados de lanzas, que galopaban lejos de nosotros, y si se acercaban era para alejarse en seguida. A la derecha del camino aparecían, en número considerable, otros de forma cónica que marcaban antiguas sepulturas y recordaban á los veteranos de Crimea otros *tumulí* casi iguales, vistos años atrás en la Dobrujscha. Cerca del mediodía llegaron á Sin-ko, delante de cuyo pueblo fueron ocupados sin gran resistencia algunos reductos de poca importancia. Dos días después, en el pueblito de Tangko, otra fortificación que constituía una especie de campo atrincherado, fué tomado después de una acción algo reñida, aunque poco mortífera para los nuestros, gracias á lo defectuoso del tiro enemigo. Delante de nosotros corría, á través de la llanura, el caudaloso Peiho, surcado por juncos que señalaban su curso. A nuestra izquierda y hacia el mar se veían los fuertes, las estacadas, todos los sitios que habían sido testigos del descalabro que teníamos la misión de vengar.

III

Los fuertes llamados de Takú eran cuatro, dos en cada orilla: dos de ellos alzábanse á orillas del mar; los otros, más próximos á nosotros, estaban situados un poco más atrás y enfilaban la corriente del río. Estaban contruídos á la europea y parecían bastante bien provisionados, no siendo dudoso que serían enérgicamente defendidos. Desde la época del desembarco habíanse dirigido á nuestros embajadores diversas comunicaciones, primeramente por conducto del ministro de Rusia, general Ignatieff, después por mediación del representante de los Estados Unidos, Mr. Ward, y, finalmente, por el mismo gobernador de la provincia; pero estos mensajes, que no formulaban ninguna promesa de reparación, más bien tenían por objeto, al parecer, ganar tiempo que asegurar la paz. En el campamento de Sin-Ko habíanse encontrado, en los bagajes de los jefes chinos fugitivos, una porción de documentos en los cuales se revelaba, al lado de ciertas tendencias pacíficas, la animosidad del partido de la guerra: uno de ellos era una proclama poniendo precio á las cabezas de los «bárbaros» y graduando concienzudamente las recompensas según el rango de las víctimas (1).

Llegado que hubieron de Pehtang los refuerzos en material y artillería, fijóse el ataque para el 21 de agosto, conviniéndose en que comenzaría por el fuerte de la orilla izquierda más cercano á nosotros. A las cinco de la mañana las baterías aliadas rompieron el fuego, que prosiguió sin resultado notable durante dos horas; pero de pronto prodújose una explosión formidable detrás del parapeto, y desde aquel momento los cañones enemigos contestaron más débilmente y los intervalos entre disparo y disparo indicaron, al parecer, cierto descorazonamiento. El general Collineau, aprovechando aquella coyuntura, hizo avanzar tres compañías del 102.º de línea, y poniéndolas al abrigo de un muro de tierra, las dispuso para el asalto. Grandes eran los obstáculos y habrían sido insuperables si hubiesen estado defendidos por un enemigo menos torpe en el manejo de la artillería: consistían en tres fosos llenos de agua, una hilera de empalizadas de bambúes clavados delante de las murallas, y en estas mismas murallas que apenas habían sufrido los efectos de nuestros fuegos. Pero todas estas defensas resultaron inútiles ante el arrojamiento de las tropas que salvaron los fosos y destruyeron rápidamente á hachazos las empalizadas, logrado lo cual, los coolies colocaron las escaleras y los más atrevidos entre los nuestros subieron hasta el talud de las murallas. Entonces la lucha entró en una nueva fase: los chinos, acosados de cerca, substituyeron su fuego, casi inofensivo á causa de su mala dirección, por una especie de combate cuerpo á cuerpo, valiéndose de sus picas, sables y flechas, aprovechándose al azar de todos los obstáculos, arrojando piedras y balas sobre los asaltantes y tan pronto lanzando á éstos á los fosos como tirando de ellos al través de las troneras. En el interior de las fortificaciones prolongóse algún tiempo la resistencia hasta que el enemigo, aniquilado por las compañías que acudieron en auxilio de la columna de asalto, envuelto por

(1) *Correspondence respecting the affairs in China*, pág. 111. — *Depêches et Journal* del barón Gros, pág. 248.



LA GRAN MURALLA DE LA CHINA

los ingleses, rechazados por todas partes y aterrado por la magnitud de sus pérdidas, huyó en todas direcciones dejando en nuestro poder la fortaleza llena de muertos y heridos.

La victoria era grande, pero había costado cara, pues nuestras bajas fueron doscientos hombres muertos, heridos ó contusos, y las de los ingleses otro tanto. ¿Opondrían los demás fuertes igual resistencia? Esta idea no dejaba de inspirar algún cuidado. A las dos de la tarde, después de un corto descanso, los aliados se dirigieron al segundo fuerte de la orilla izquierda, distante del primero unos dos kilómetros y situado á orillas del mar, y contra lo que se esperaba, la artillería de la fortaleza permaneció muda, pudiendo los asaltantes acercarse, sin disparar un tiro, hasta el borde del foso. Todas las salidas estaban cerradas; en las murallas no había nadie y no se veía señal alguna ni de defensa ni de capitulación. Los aliados colocaron las escaleras y subieron á las murallas no sin desconfianza ni sin cierto temor de alguna sorpresa; pero apenas hubieron pasado el talud, ofrecióse ante sus ojos un espectáculo inaudito que les causó tanto asombro como alegría: en el interior de la fortaleza, tres mil tártaros, sin armas, apelotonados unos contra otros, y con el más vivo terror pintado en el semblante, pedían por signos que les perdonaran la vida. Los aliados no tuvieron más que un embarazo, el del número de prisioneros á los cuales no se podía fusilar, alimentar ni vigilar.

Todavía se alzaban los otros dos fuertes, en la orilla derecha del Pei-ho, intactos y bien armados; pero la misma buena suerte completó la victoria. Dos oficiales del Estado mayor, el comandante Campenón y el capitán de Cools, acompañados del mayor Ansón y de dos intérpretes ingleses, Mr. Parkes y Mr. Lookes, embarcáronse en un junco, atravesaron el río y fueron á intimar la rendición á los jefes enemigos. Unos y otros parlamentaron largo rato: los chinos consentían en dejar libre el paso del río, pero se negaban á entregar lo que los europeos no habían conquistado. En ciertas circunstancias la audacia es tan oportuna como peligrosa la suavidad; los representantes de los aliados, aconsejados hábilmente por el intérprete Parkes, mostráronse altivos hasta la arrogancia y sus amenazas acabaron de abatir á los chinos, desmoralizados ya por su reciente derrota, concertándose mucho antes de la noche un convenio por virtud del cual pasaban á nuestro poder todas las fortificaciones, sin excepción, con su material. Varias compañías de nuestra infantería de marina y de fusileros ingleses habían desembarcado ya en la orilla derecha y pocas horas después se posesionaban de los fuertes que los tártaros en desorden abandonaban. De esta suerte, al amanecer el 22 de agosto de 1860, el Pei-ho quedaba libre y reparado el fracaso de 1859.

IV

A sesenta kilómetros aguas arriba, alzabase á orillas del Pei-ho la importante ciudad de Tien-tsin que por medio de un canal se comunicaba con Pekín (1) y cuya ocupación había de ser la consagración y la recom-

(1) Para seguir el itinerario de los aliados véase el mapa intercalado en la pág. 390.

pensa de la victoria y seguramente también la paz, porque los chinos, aterrados por la toma de sus fuertes, querían á toda costa alejar de su capital á un enemigo tan funesto para su prestigio y para su imperio. Era preciso llegar cuanto antes á la gran ciudad; así lo comprendieron los ingleses, tanto que en su apresuramiento parecían haberse olvidado de que tenían aliados.

El 22 de agosto el almirante Hoppe, después de destruidos los diques, ancló delante de los fuertes conquistados, y al día siguiente, viendo que la marea era favorable, embarcó en el *Coromandel*, y acompañado de una pequeña división de cinco cañoneros, remontó el río sin avisar á las autoridades francesas y sin informarse de si encontraría algún obstáculo, habiendo la fortuna favorecido más de lo que merecía aquella precipitada carrera. Los habitantes de las aldeas ribereñas salían de sus viviendas y con la boca abierta contemplaban el paso de aquellos vapores; no se veía en parte alguna el menor signo de hostilidad. A cosa de las dos pasaron los expedicionarios por delante de los fuertes de Shwang-Keang, que estaban desiertos y desarmados, y á la caída de la tarde hicieron alto no lejos de Tien-tsin, recibiendo la visita de varias personas notables de la ciudad que iban, según decían, á prestar homenaje á los comandantes aliados. Interrogados por Mr. Parkes, el ya mencionado intérprete que por su conocimiento de las costumbres y de la lengua chinas tan importante papel había de desempeñar en aquella campaña, dieron aquellos chinos las noticias más tranquilizadoras, asegurando que no sería defendida ninguna de las fortificaciones recientemente dispuestas por Sang-ko-lin-sin, y añadiendo que éste había huído, que había pasado el día antes cerca de Tien-tsin acompañado de doscientos jinetes, y que, ocultando la vergüenza de su derrota, se había dirigido hacia el interior. En la mañana del 24 el almirante inglés entró en la ciudad, encontrando la población pacífica, casi favorable; y, satisfecho de encontrarse solo, arengó á las autoridades, publicó una alocución conciliadora y mandó izar en los edificios públicos la bandera de la reina y luego la francesa, de la que con gusto habría prescindido. En el entretanto, el almirante Charner, despedido porque se le habían adelantado, remontaba á su vez el Pei-ho tan de prisa como lo consentían las sinuosidades del río; pero, á pesar de sus esfuerzos, no pudo llegar sino algunas horas después que su colega. A los dos días llegó á Tien-tsin el grueso del cuerpo expedicionario, que acampó cerca de la ciudad, sin penetrar en ella. Era tal la tranquilidad que en ésta reinaba, que el intérprete Parkes pudo recorrer las calles solo y sin apreturas; los chinos habían alejado ú ocultado en sitio seguro á sus mujeres; pero todas las tiendas estaban abiertas. Un comité formado para avituallar al ejército chino se puso, con apacible indiferencia al servicio de los europeos, y los aldeanos de los alrededores prepararon solícitos los graneros y las granjas destinados al alojamiento de las tropas. De los muros fueron arrancadas las proclamas hostiles de Sang-ko-lin-sin, quedando sólo algunas, fechadas unos días antes, en las que se anunciaba que los bárbaros habían sido derrotados, que imploraban la paz y que los habitantes podían estar tranquilos. Y en efecto, lo estaban, pero bajo el pabellón de los aliados. ¿Quién se acordaba ya de Sang-ko-lin-sin? Pocos días después, uno de los altos